

Ambas descripciones carecen de verbos, porque los paisajes desfilan ante los ojos de Sigüenza con la rapidez que da el verlos desde un automóvil en marcha. Todo pasa ante la mirada, veloz, fugazmente. La prosa mironiana se acomoda a esa rapidez visual y prescinde de los verbos. Pero, en el fondo, el efecto es el mismo: un paisaje, una sucesión de paisajes, desfilando rápidamente ante el viajero que va en automóvil, casi producen el efecto de unos paisajes quietos. Son estampas que se suceden unas tras otras como en el hojear nervioso de un álbum de fotografías.

De todas formas la visión normal, la más frecuente que del paisaje ofrece Miró no es esa rápida y fragmentada que puede obtenerse desde la fugitiva ventana de un coche en movimiento. No, Miró gusta de situarse en quietud ante el paisaje, y de tomarse todo el tiempo que sea necesario hasta que sus ojos, su olfato, sus oídos, su tacto e incluso su paladar hayan gustado y exprimido cuanto la naturaleza ofrece o encubre. Como en otra parte he comentado <sup>14</sup>, el *tempo* lento sensual, característico de Miró, le permite obtener de todo paisaje una serie de efectos, de matices, de bellos descubrimientos que la mirada rápida ignorará siempre. Miró está muy atento a todos los sonidos, a todos los olores, a todos los táctiles matices del cielo, de la humedad, de la tierra, a todas las luces y colores. Sus ojos, sus manos, su piel toda agudizada sensualmente van empapándose de cuanto cabe extraer de un quieto paisaje. Cuando en *Del vivir* dice Miró de ciertos viejos levantinos que

son insaciables observando (Pág. 21),

parece definirse a sí mismo, ávido siempre —sin conocer el cansancio— de toda clase de sensaciones. <sup>15</sup>

